

TALLER: EL CUIDADO DE LA TIERRA. LA “CONVERSIÓN” ECOLÓGICA
Gijón, 30 de noviembre al 2 de diciembre, 2018

I. Breve presentación del Taller:

Objetivo: La conversión ecológica.

El tema del cuidado de la tierra, puede abordarse desde la toma de conciencia del grado de deterioro en que se encuentra el planeta, teniendo como parámetro la interrelación del medio vital del planeta con la vida del ser humano.

Se parte de un diagnóstico de la situación de deterioro del medio, de sus causas, y de las consecuencias para las condiciones de vida en general y para la vida humana en particular.

Esta aproximación es necesaria y urgente, porque la aceleración del proceso de destrucción es evidente y se habla de plazos muy cortos para la irreversibilidad de dicho deterioro y la viabilidad de la misma vida de la especie humana.

Esa aproximación, legítima, no deja de ser antropocéntrica: interesan y preocupan las condiciones del planeta porque constituyen el *hábitat* del ser humano.

Se puede abordar también, y creemos que más radicalmente, tratando de analizar el problema desde un ángulo que contemple al ser humano en relación y en dependencia constitutiva con el mismo principio original del universo. Se trata de lograr una perspectiva que comprenda al ser humano en relación con todo lo que ese principio “expresa” a través de las leyes que el mismo ser humano es capaz de descubrir e interpretar en el universo del que él mismo forma parte.

Es el principio de *trascendencia* que considera al universo como transido de Algo (para el creyente Alguien) que es más que él y que lo origina y trasciende. Es la óptica del creyente, esto es, del místico: el mundo universo, comprendido el ser humano, tiene una dimensión **sacramental**, contiene una dimensión que es más que la de su peso y medida. Es desde esta óptica desde la que hablamos de **conversión ecológica**.

II. Presentación del vídeo

Breve introducción: Pequeñez y fragilidad *vs* grandeza del ser humano

III. Contemplación-oración:

Pequeñez y fragilidad del ser humano (Job 38-39)

Grandeza del ser humano (Sal 8)

Donde radica la fragilidad y grandeza del ser humano: Hijos en el Hijo y hermanos de todo lo creado, bajo el cuidado del Padre/Madre (Mt 7,25-34)

IV. Momento de reflexión y puesta en común (ver guión adjunto)

GRUPO I

La toma de conciencia de este *principio creación* se va concretando:

1. en una nueva conciencia o modo de entendernos y entender lo que nos rodea, esto es:
 - en la experiencia de no ser los dueños de la propia vida: la vida es un don, nos hemos encontrado ya existiendo como seres humanos,
 - en la experiencia de no ser el centro de la creación, sino más bien de formar parte de un sistema muy complejo en el que nos sentimos ya implicados (más allá de nuestra voluntad) y cuyas dimensiones y leyes no abarcamos totalmente,
 - en la conciencia de que el camino de nuestra existencia es un camino compartido con tantos seres de los que no somos dueños.

Pero también y por lo mismo:

- en la conciencia de que las fuerzas que **se expresan y actúan a través nuestro** vienen de antes y van más allá de nosotros mismos,
- en la experiencia —en las relaciones con nosotros mismos, con los demás seres humanos y con todos los seres que nos rodean, animados e inanimados—, de que estamos *dotados de la capacidad de dar vida o de quitarla, de construir o destruir,*
- en la experiencia de estar *cargados con el peso y la responsabilidad de cuidar* de nosotros mismos y de todo aquello a lo que alcanza nuestro radio de relación.

2. Todas estas experiencias generan unas actitudes que fundan y expresan nuestro modo de relación con la fuerza creadora (Padre/Madre), nosotros mismos (cuerpo y espíritu), con los demás seres humanos y con los todos los seres que nos rodean:

- admiración
- agradecimiento
- respeto
- comunión
- cuidado
- responsabilidad

GRUPO II

La toma de conciencia de este *principio creación* se va concretando:

1. Una nueva experiencia de relación con la Divinidad:

- aprendemos a descifrar el “significado” de nosotros mismos y de lo que nos rodea como la expresión o lenguaje de la Fuerza que nos origina y nos sustenta,
- experimentamos que no La podemos abarcar dentro de nosotros, ni definir, ni comprender en su totalidad, como no podemos abarcar el universo que Ella origina constantemente,
- experimentamos que no La podemos confundir con nuestra propia imagen de seres humanos, y, que si bien somos hechos a su imagen, Ella (Dios) no es imagen ni expresión nuestra,
- sabemos que, de entre todos los nombres y experiencias humanas en los que y con los que Ella se expresa, Jesús prefirió el nombre y la experiencia de Padre/Madre para relacionarse con Ella
- y, que a través de nuestra vinculación existencial a la vida y estilo (Espíritu) de Jesús, dando y dándonos (perdiéndonos) a su manera, experimentamos lo que nosotros mismos deseábamos ser como cabal ideal de ser humano, y, que en tal forma de ser Hijos, nos sentimos llamados a experimentar en nosotros la expresión y la actuación del Padre/Madre del universo
- experimentamos también así, de una forma nueva, nuestra “hermandad” con todos los seres del universo,
- por eso, nos sentimos pequeños, pero no perdidos; solos con nuestra responsabilidad, pero acompañados por el infinito amor del Padre/madre.

2. Todas estas experiencias generan unas actitudes que fundan y expresan nuestro modo de relación con la fuerza creadora (Padre/Madre), con nosotros mismos (cuerpo y espíritu), con los demás seres humanos y con los todos los seres que nos rodean:

- admiración
- agradecimiento
- respeto
- comunión
- cuidado
- responsabilidad

V. La mesa de la creación

1. La mesa dispuesta

La mesa es hoy el mundo. El mundo en que vivimos, la tierra, portadora de nosotros mismos, de la vida que conocemos, testigos de tantas dolor y tanto gozo, de tantas frustraciones y esperanzas:

Vamos a tocar, a palpar —como lo hacemos cada día de forma rutinaria—, cada uno de los elementos que aquí están en representación de las diversas formas en que experimentamos la materia de la que somos parte y que, al mismo tiempo, nos rodea. Sí, las vamos a palpar, esta vez a plena conciencia. Avivemos nuestros sentidos, el tacto, el olfato, el gusto, el oído, la vista, estas puertas que nos dan acceso al sacramento de la vida y nos abren las puertas del asombro. Porque es ahí, a las puertas del asombro, cuando comenzamos a ser verdaderamente humanos.

La piedra, la materia inerte, energía que una vez estuvo concentrada en el punto misterioso sin espacio, en el momento sin momento de la gran explosión, del *big-bang* inicial que puso en marcha el universo en expansión; allí estaban estas rocas, que han llegado rebotando de galaxia en galaxia, de estrella en estrella hasta nosotros, de siglo en siglo, hasta nuestras manos (nos vamos pasando las piedras); acariciándolas, acariciamos el universo entero, el largo recorrido que las ha traído hasta nuestra manos.

El agua, otra forma de materia, oxígeno e hidrógeno, que ha alcanzado en su largo viaje cósmico, por fin en esta tierra, la combinación perfecta para que surgiera aquí el misterio de la vida. Dentro de las profundidades de las aguas, como seno materno, han nacido todas las formas de vida que conocemos. También la nuestra. Sintamos su frescor, o su calor, como caricia maternal.

El fuego, el calor, la luz. La energía pura, esparcida por los espacios infinitos en miríadas de estrellas y galaxias, en cantidad tan abrumadora que nos ciega la razón el vértigo. Esa luz pequeña y trémula no es en modo alguno pequeña, es inmensa, es hija del sol, guiño del magma ardiente que brota en los volcanes, y sacude la tierra.

El aire: oxígeno y nitrógeno. En las proporciones justas. Nos sacude en el viento, o nos acaricia en la brisa. Compañero silencioso no se hace notar, pero lo absorbemos, respiración a respiración, 20, 30 veces cada minuto. Solo notamos su ausencia cuando se ausenta o se nos sustrae. Entonces nos damos cuenta de que vivir es respirar. El sopro divino que pone en pie toda materia animada (respiramos).

Los vegetales, son la vida que se yergue sobre la faz de la tierra y la llena de colores. La misma que, al conjuro de esta lluvia otoño ha brotado como una bendición. Este tronco cortado ha sido portador este año pasado de frutos, ha absorbido el agua de la tierra en forma de sabia, y, con ella, ha incorporado todos los minerales necesarios para transformarlos en el fruto que nos ofrece. Esas manzanas y esos plátanos... Todos ellos vienen desde lejos, de muy antiguo, de aquel momento original en que todo empezó.

Y nosotros. Con todos los animales. Sí. No nos avergoncemos. Somos animales, del sexto y último día. Formamos parte de ese reino, en que la vida se expresa en formas casi infinitas.

Erguidos sobre la tierra, surgidos de la misma tierra con todas las formas de vida, hermanos de todas ellas, nos nutrimos de ella; necesitamos del agua, de los minerales que previamente han transformado para nosotros otros animales y plantas, ¡benditos sean! (sentir nuestro peso: 60, 70 kg., de los cuales, el agua más del 70 % de nuestro volumen corporal, carbono, hierro, calcio...). Y este pan y este vino, dispuesto para la comida, don de la tierra y del trabajo y saber del ser humano. Pero hemos llegado a ser palabra, expresión de los labios y la mente y el corazón, con la que nos podemos nombrar y reconocer, lo que nos rodea: podemos decir: piedra, agua, fuego, y, estrella, luna, tierra... y, ¡reconocemos!: Carmen, María, Elena, Isabel, Ignacio, Pilar (cada uno da nombre a su vecino/a); y, aún más, la más misteriosa de las palabras: Padre/Madre, nuestra y de nuestros padres y madres, y de las plantas y de la tierra y del sol y las estrellas y las galaxias, el nombre que no cabe en ningún nombre y los encierra a todos, el único que conoce el secreto del *big-bang*. Nos damos la mano

2. La historia “humana” de la mesa

La mesa está dispuesta. Pero la palabra se corrompió. El ser humano, nosotros, aprendimos a decir “mío, nuestro”, mirando los dones que se nos brindan. Es una bella palabra, cuando decimos, “hermano, hermana mía”, “amigo, amiga mía”, “Padre/Madre nuestro”. Pero primero los ojos alertaron a la mente y corrompieron el corazón. Y surgió la nefasta pregunta que ha cambiado el signo de la historia, no de la historia en general, sino de las pequeñas y cotidianas historias que tejen cada día la historia general: ¿por qué no “sólo mí”, no “sólo mía”?

(Cada cual coge algo de la mesa y se pone de espaldas)

Es una imagen, bien patética. Diríase que cómica. Pero es la viva imagen del mundo:

3. Llamada de la Palabra

Padre “nuestro” (y esa palabra abarca todo lo creado)

(Se recompone la mesa, cada cual vuelve a deponer sobre la mesa común, lo que había cogido)

**Venga a nosotros tu reino,
hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo,
Danos hoy el pan nuestro de cada día.
Y perdona nuestras ofensas,
como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden
Y no nos dejes caer en la tentación
mas líbranos del mal.**

(Se expresa la reconciliación con nosotros y el la tierra, cerrando el círculo dándonos las manos, y nos ofrecemos mutuamente lo que se ha puesto sobre la mesa: comemos).

4. Lectura del comunicado final del Taller que recoja el compromiso de todos/as

La mesa restaurada
Recomposición de la y el Padre nuestro.